

Contestación al anterior discurso que, en nombre de la Academia, leyó el Numerario D. Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

SEÑORES:

La Real Academia de Córdoba me señala para que salga a recibir, dé entrada en su instituto y conteste a su discurso, al nuevo académico don Pascual Santacruz y Revuelta.

Hace más de doce años que don Pascual Santacruz vive continuamente entre nosotros, al calor de su familia cordobesa, y desde el día que llegó, su espíritu inquieto, erudito, bibliófilo, impregnado todo de noble fogosidad patriótica, le daba derecho a un asiento en nuestra Academia. Hoy, ilegado el día en que justamente lo alcanza, sólo podemos vanagloriarnos de haber hecho un acto de justicia, y de que este buen español—figura y tipo representativos—honre un sillón de la Academia secular cuya nómina enjoyaron tantos cordobeses ilustres.

Más de una docena de libros tiene publicados nuestro nuevo compañero, unos de crítica literaria, otros novelísticos, algunos filosóficos. En todos ellos campea un estilo castizo, una intención generosa, una claridad de pensamiento, un anhelo—anhelo eterno—de buscar la Verdad. Pero su gran obra, su ingentemente minúscula labor literaria, ha sido la obra diaria y afanosa del crítico periodístico, que debe aliar lo ágil con lo profundo, lo rápido con lo minucioso, lo vulgarizador con lo sabio. En más de seis millares de artículos diseminados en la prensa española, don Pascual Santacruz fué dejando su erudición, su ciencia, su retrato, su juventud, su vida. Fué un sembrador, en este mundo al que todos venimos a cosechar la siembra ajena. Tiene méritos, por derecho propio, para alcanzar el sillón de la Academia.

Nació nuestro nuevo compañero en Barcelona, el año 1871....

Pero mejor que una biografía detallada, que parece poco apropiada a quienes todavía andamos por el mundo, los rasgos más salientes de la vida del nuevo académico me parece que cuadraría hallarlos en aquella descripción novelística que titula «Gaspar el Temerario», acaso su novela más sentida.

Aquel niño melancólico, enfermizo de cuerpo y vehemente de

espíritu que don Pascual Santacruz retrata en su novela, está hecho con todo el amor paternal y con toda la piedad filial que los hombres sentimentales ponen en la evocación de su infancia. Si, como quieren los exégetas de la lectura, cada autor pone en las páginas que escribe retazos de su propia existencia y en boca de sus principales personajes su propia manera de pensar, la evocación llega a su colmo cuando se recuerda la juventud.

Con qué hondo deleite, con qué sentimental ternura, evocamos los risueños días infantiles. Cómo desmenuzamos en lo más íntimo de nuestro corazón las alegrías de la puerilidad, y cómo abrigamos dentro del pecho aquellas primeras desgracias que desgarraron la pristina ingenuidad del alma.

Leyendo las páginas de «Gaspar el Temerario» se adivina el autorretrato, y en esas confesiones aparece el alma quijotesca, generosa, ensoñadora, de honda esencia española, que en obras análogas de nuestro país delinean el alma nacional. Hay en ese libro, que es también a modo de un diario de hondos acontecimientos nacionales, un remoto parecido con «Las ilusiones del doctor Faustino», del gran novelista cordobés, y con otras obras delicadamente pesimistas de la época del desastre. A los puntos de la pluma viene el recuerdo a la generación del 98, no en lo que tiene de formalmente activa y externa, sino en lo que encierra de triste y melancólica.

Santacruz, tal vez por su celibato, acaso por delicadeza espiritual, cultiva en sí propio la vida estudiantil. En el transcurso de los años, sigue siendo el estudiante perpétuo. De la vida escolar, que parece perdurar en él, cumplidos los sesenta y ocho años, hay un vivo retrato en uno de sus prologuistas:

«En aquella época Santacruz hablaba y escribía ya de todo, con una lucidez y una fogosidad que revelaban su fuerza imaginativa y su carácter impetuoso. Era el orador obligado en los corros de estudiantes formados a la puerta y en los patios de la Universidad; en ellos se le oía con silencio religioso y se rendía ferviente tributo de admiración a su facundia y a su elocuencia. En la prensa granadina, cuyos órganos principales solicitaban su cooperación, publicaba sus artículos exuberantes de doctrinas y tendencias radicales, que más de una vez levantaron verdaderas borrascas en las compactas filas de los pusilánimes y los mogigatos; y al propio tiempo obtenía en la cátedra, como alumno de la Facultad de Derecho, triunfos y laureles repetidos. En su hoja de estudios hay treinta notas de sobresaliente y catorce premios. Y en demostración de la alta estima

que el claustro de profesores le dispensaba, he de citar el hecho honrosísimo para él de haberle librado de los rudos deberes de la milicia la Universidad de Granada, justo galardón y recompensa legítima de sus merecimientos que pocos escolares habrán alcanzado.»

Una vez formado espiritualmente, Santacruz, a pesar de su título de Abogado, elije la profesión más romántica, desprendida y generosa de nuestro siglo, la más difícil de todas; precisamente por los escollos de que está sembrada, la del periodismo. Escribe con asombrosa facilidad y facundia.

El mismo prologuista a que antes he aludido, dice de nuestro compañero como escritor:

«He visto escribir a Santacruz algunos de sus trabajos y me he maravillado de la extensión de sus conocimientos, de la fecundidad de su imaginación y de la espontaneidad de sus producciones. Sin consultar un libro, sin hacer uso de una sola nota, con una facilidad pasmosa, con un dominio perfecto de todas las cuestiones objeto de debate, ha vertido uno y otro día sobre las cuartillas un verdadero torrente de erudición inagotable; ha impugnado brillantemente las tesis mantenidas y las doctrinas sustentadas por su adversario; y ha dado relieve a todo ello con los donaires y agudezas de su satírica vena y con la magia y la gallardía de su estilo, como pocos, selecto y vibrante».

Nuestro escritor hace libros y artículos. En todos ellos, sobre su estilo fogoso y meridional, campea siempre un encendido patriotismo, que culmina en su obra «España sobre todo Páginas patrióticas», que fué premiado en concurso de lecturas escolares por el gobierno de la Dictadura primorriverista. Allí alienta el amor a la patria, el respeto a las figuras preeminentes, la admiración a las personas cumbres de nuestra historia, la descripción de los hechos gloriosos de nuestras armas, las páginas sublimes de nuestras letras.

Su novelita corta titulada «Nobleza obliga», publicada en aquella linda colección de «La Novela Semanal», con una fina caricatura de Santacruz en la portada, dibujada por Tovar, en la que describe un episodio de la revolución francesa, en el cual un joven teniente muere defendiendo la familia aristocrática que le salvó la vida, en contra de sus tropas revolucionarias, es de una gran belleza y magnanimidad.

Tienen el carácter de ensayos filosóficos, con vistas a la revisión de problemas nacionales, estilo ganivetiano, sus «Clínicas de la Historia», primera de sus obras, en las que apuntan claros juicios

senequistas, sus «Piagas contemporáneas. Ensayos de crítica y sátira», sus «Relámpagos de Pensamiento», su ardorosa en el estilo pero de prudente contención en la forma polémica filosófica sobre «Ciencia antigua y nueva», que tiene su continuación natural «En busca del reinado de Cristo».

Don Pascual Santacruz lleva dentro de sí, como todos los mortales, de cuya imagen es trasunto la gran obra cervantina, un filósofo y un satírico, un iluminado y un escéptico. Todos llevamos dentro, ha dicho nuestro Benavente, un noble y un plebeyo, y todo el talento del vivir consiste, cuando cometemos una acción censurable, en poder decir a tiempo: eso lo ha dicho mi criado.

Porque, junto a la noble elevación de casi todas sus obras, sin que descienda un punto la meta final de su pensamiento noble, Santacruz escribe para el vulgo, en sencillo lenguaje. «Los desengaños de un comunista», escrito con profética visión histórica de los terribles y pasados sucesos españoles, es un relato novelístico que se lee con agrado. Sus «Cuentos de Guerra y de Amor» pertenecen al mismo género, como sus «Estampas de la Guerra», que vieron la luz no ha mucho en el folletín del fenecido «Defensor de Córdoba».

\*  
\*\*

De buena crítica literaria es su trabajo sobre «El Teatro de los Quinteros», galardonado en Juegos Florales, por el Excelentísimo Ayuntamiento de Córdoba.

Estos trabajos de crítica literaria son aquellos en que la sazónada madurez de don Pascual Santacruz ha encontrado su más firme escabel. Constituyen el trabajo de seis años de crítica en la revista «Nuestro tiempo», de Madrid, cuya sección bibliográfica cuidaba con singular esmero.

En ellos destacan particularidades curiosas, que creo interesante anotar. Una de ellas es la destacada situación personal que siempre toma Santacruz ante los hombres, ante las cosas, ante los hechos. Por ejemplo, y como muestra de honradez cordial, ante Blasco Ibáñez, dice: «Si alguna vez lo combatí, nunca he dejado de admirarle».

Ante los monarcas y personajes influyentes del gobierno de la nación, no solo destaca su respeto y alabanzas, sino el patriótico ardor con que los defiende, y el flagelo que usa para sus denostadores.

Con motivo de memorias oficiales, de discursos parlamentarios, o de programas de gobierno impresos, su crítica le lleva a analizar honda y rectamente, con alto espíritu de patriotismo, todos los problemas nacionales. Las forestas, los teléfonos, la albufera, el crédito nacional, la hacienda pública, la reorganización del Ejército, los problemas del campo, la sindicación, los problemas sociales, la mendicidad, toda cuestión pública, de carácter político o social merece su comentario personal y su aportación amplificativa. En ocasiones, tiene trenos patrióticos, a lo Costa, o pinta, con singular deleite, muy a estilo de su época, ese confuso panorama de arribistas y logreros, sobre los cuales hace recaer los males públicos, como los niños en las películas de hoy presienten la llegada de «los malos» para descargar en ellos sus siibidos y denuestos.

Como antes digo, este buen español se sitúa personalmente ante todos los problemas. Ante el feminismo, comenta: «Yo creo, con nuestro inmortal Lope, que con hombres buenos no hay mujeres malas, y sospecho que el 99 por 100 de nuestras adorables solteras, puestas a elegir entre la concesión del sufragio activo y pasivo y un buen mozo, se abrazarían resueltamente al último. Y no continúo, porque desgraciadamente soy feo y desgarbado, y disfruto de poca salud y no puedo, por tanto, robustecer con un personal ejemplo la enunciada sospecha».

Es, por otra parte, de un interesante valor, para la historia política, social y literaria de España, leer la serie de estos artículos, en los cuales hay un comentario de altísimo valor histórico para cada hecho, para cada fecha. Quien dijo que la historia contemporánea se escribe a diario en las páginas de los periódicos, no pudo aplicar mejor su dicho que a la serie de artículos de don Pascual Santacruz.

Qué deliciosos y finos comentarios le sugieren las «Chácharas de café», de Cajal. Cuánto respeto le inspira la figura de Silvela, de quien comenta una obra. Con qué devota unción refiere la gesta del almirante Cervera. Llega a Anual y al general Primo de Rivera con la admiración que le inspiran el gobernante y el patriota. No hay más rendido homenaje ni más fiel vasallo que al tratar de Don Alfonso XIII. Por cierto que habiendo pertenecido durante la pasada guerra europea al grupo de los germanófilos, canta las glorias de la gran Alemania, su renacer científico, su aportación a la cultura mundial.

Su fibra patriótica halla coyuntura literaria cuando habla de cualquier escritor provinciano, de modesta estirpe, para exaltar el medio en que trabaja, sirviéndole ello de motivo para enaltecer los diversos solares nacionales. En este camino, tiene páginas, como la referente al espíritu de Almería, la bella y humilde capital andaluza, que recuerdan otras brillantes que hace siglos le dedicara el cordobés El Secundi, al hacer su «Elogio de Al Andalus».

Defiende enérgicamente el anhelo unitarista si trata del problema catalán. Aborda la cuestión polaca y las incidencias derivadas de la gran guerra. Y cuando llega a tratar, en sus críticas literarias, de libros o publicaciones que estudian la conquista de América, sale al paso de los detractores de la obra española y exalta en su justo valor aquella gran epopeya de la raza.

Tienen alto valor los libros de Santacruz, pero acaso en los artículos, como ya dije antes, esté la obra más ponderada, más sazónada, más útil, que la pluma del nuevo académico ha aportado a la cultura patria.

---

No pudo nuestro nuevo compañero, al entrar en nuestra corporación, escoger otro tema más acorde con el espíritu de su instituto que el tema senequista. Si la Real Academia de Córdoba quiere ser un archivo viviente, un rescoldo inextinto, un constante cultivo del saber cordobés, en el senequismo tiene este anhelo su más concreta expresión. No ya en el senequismo como escuela—si es que la voz de la tierra no es inevitable—, sino en el cultivo de la cultura senequista.

*Renascitur quae iam cecidere, renacerá aquello que muere*, reza con frase clásica el lema de nuestra Academia, orlando la efigie del padre Séneca. Y un año tras otro, el tema senequista oreá nuestras frentes y pone en la mente la dulzura de sus máximas morales.

No era, dicen todos los comentaristas de Séneca, el estoicismo del filósofo cordobés un frío razonamiento de escuela sofista. Los discípulos de Zenón, los estoicos, desviaban hacia la comicidad del gesto y la caricatura del alma. Séneca era estoico por temperamento, por raza. Hablaba por él la reciedumbre hispana, austera y modesta, pero fuerte y brava. Sobre todo, su estoicismo era humano, profundamente humano. No era de escuela, era de corazón.

Desarrollaba Séneca el tema estoico de «la vida conforme a la naturaleza», pero la vida humana, cordial, efusiva. Séneca era estoico, pero no se avergonzaba de verter lágrimas ante los conflictos sentimentales, propios o ajenos. Era un filósofo estoico, pero sobre

todo un español de gran corazón. Yo recuerdo la esencia senequista, en el dicho de un gran cordobés, desaparecido no ha mucho del mundo de los vivos, que ante los grandes problemas que algunos días pudieran conmover las fibras de su alma, repetía con explicativa convicción: «es que yo tengo corazón, y lo uso».

Nos plantearía este recuerdo, una vez más, el dicho de Ganivet, tan comentado, de que Séneca representaba fielmente el espíritu cordobés. Cuantas y cuantas veces, ante la serenidad del alma de Córdoba, se ha repetido hasta la saciedad que Séneca no fué más que una voz viva de la tierra cordobesa, un exponente antropogeográfico específico, como se diría en lenguaje científico de nuestros días.

Como mayor aportación a este ya rico venero de citas, aduciré una que no sé si es inédita. Cuéntase que cuando Rudolf Stamler, el gran historiador alemán de historia de Derecho, visitó España con ocasión de un congreso científico, estuvo en Córdoba, y desde la altura de las Ermitas, acaso desde el típico sillón del Obispo, dijo a sus acompañantes: «Jamás, en mis setenta años, he sentido un momento de plenitud de vida intenso como el que ahora mismo siento. Aquí comprendo como nunca a Séneca».

Recuerdan una vez más los biógrafos de Lucio Anneo que en los dos espíritus que parecía llevar dentro de sí el filósofo cordobés, en uno, en el de su estoicismo natural y afectivo, en el de sus máximas morales, en el de su austeridad, estaba su verdadero carácter, su tradición racial, la fibra más representativa de su moral. En cambio, el Séneca abogado, triunfador del foro, halagador de muchedumbres, prefecto, millonario, poseedor de una fortuna fabulosa pocas veces alcanzada en Roma, de más de quinientos millones de sextercios, con quintas de campo en casi todas las provincias de Italia, con suntuosos banquetes servidos en vajilla de oro y mesas de cedro valoradas en más de un millón de sextercios, que hacían palidecer de envidia al fausto imperial, estaba el Séneca romano, ciudadano de un imperio que se corrompía entre la paganía y la injuria, y que hacía posible que desde el solio de los emperadores se vertiera el parricidio de un Nerón o las extravagancias de un Calígula. El alma de Séneca era española y cordobesa, su cuerpo era romano.

De todo le purificó su muerte. Para él parece que se había de escribir, siglos más tarde, aquel «un bel morir, tutta una vita onora». Pasados los años, cuando de Séneca no quedan más que sus obras, es cuando adquiere más fuerza que nunca ese testamento popular del filósofo de Córdoba, que sus imagineros han grabado al pié de su figura: Os lego el ejemplo de mi vida.

Es el ejemplo que está en sus libros, no sólo en los de filosofía, sino en los de viajes, en los de física, en los de historia natural. Séneca estuvo en Egipto, acaso en la India, visitó casi todo el mundo conocido de su época. Supo que había tierra más allá de Thule, y que también hay siempre un más allá detrás de las tierras del espíritu. Tras este descubrimiento sus apologistas buscan con afán la pretendida correspondencia con San Pablo. Aunque para rezar a diario, como él mismo afirmaba, y creer en un más allá, donde el bien encuentra una inmanente justicia divina, basta leer las obras de Séneca, como anuncio también, en inspiración supraterrena, de que otro mundo, otra civilización, otros cauces, se abrían a la humanidad en aquellos tiempos en que no parecía haber otro derecho que la fuerza, ni otra razón de existir que la materialista. Comenzaba la era cristiana.

Evocar en nuestra Academia el tema senequista, en cualquiera de sus manifestaciones, es ahondar en la entraña misma de nuestro ser. Muchas veces se ha hablado entre nosotros de sostener en el seno de nuestro instituto, en las páginas de nuestro BOLETÍN, una sección permanente de senequismo. Ya es suficiente, que cada académico, al entrar bajo los pórticos, clásicos por académicos, de nuestra corporación, tenga para el padre Séneca el recuerdo que su cumbre merece.

Parece que don Pascual Santacruz, al escoger al azar, entre la pléyade de comentadores de Séneca, ha buscado, como en los autos representativos, uno por la patria universal—Schopenhauer—, otro por la gran patria española—oh, con cuanto gusto derivaríamos el fino escepticismo de Quevedo, de la reciedumbre estóica de Séneca—, y otro por fin de la patria chica—Ganivet—, que si en este caso representa la adoptiva patria granadina del recipiendario, también representa la cordobesa, por ser el primer glosador antropogeográfico del estóico de Córdoba.

Bien hayan los manes de Lucio Anneo, que han permitido que bajo su custodia penetre en nuestro recinto, modesto por su austeridad y recio por su españolismo, un nuevo académico. Al darle el Salve ritual pensamos que con él lleve un hálito de la serena estirpe senequista que un día, como el rayo de sol de Averroes, quisimos enterrar entre nosotros.

Rafael Castejón